

## *Transformaciones actuales*

Por: Carlos Domínguez  
en Los registros del deseo,  
del afecto, el amor y otras pasiones.  
C.3, Ed. Desclée, Bilbao, 2001, 49-66.

Son muchos los registros por los que el deseo encuentra cauce y expresión. Tantos como impulsos de encuentro y unión podamos encontrar en nuestra vida. Por su fuerza inquietante, errática tantas veces, tanteante y certera otras, el deseo va configurando el perfil y dinámica de cada uno. Va abriendo puertas, cerrándolas también, coloreando ideas y visiones del mundo, proporcionando luz y generando cegueras según las experiencias que van teniendo lugar para cada uno.

Es amplio, según hemos visto, el panorama que el psicoanálisis mostró de esa realidad difícilmente **identificable** y muy profunda la modificación que tuvimos que hacer de nuestra común idea de "sexualidad". A medida que la investigación analítica fue progresando, la participación del deseo se evidenciaba en más aspectos del comportamiento humano. Al mismo tiempo, cada vez lo alejaba más del reducido campo de lo biológico. Nuestro cuerpo está ahí, sin duda, pero ese cuerpo parece jugar en este campo tan sólo como base (indispensable, desde luego) con la que desplegar un dinamismo que, esencialmente, está comprometido con la relación. Relación con el otro, relación con el mundo, relación con las propias fantasías y representaciones internas. Nuestro devenir afectivo es así, según hemos podido ver, más dependiente de la historia y la biografía que de unos meros mecanismos biológicos **instintuales**.

En esa historia, las primeras relaciones **parentales** y familiares desempeñan un papel primordial. Más adelante volveremos sobre ello. Pero, a través de ese primer entramado que es el núcleo familiar, nuestro dinamismo afectivo recoge también el impacto de las referencias sociales y culturales del entorno. No es ajena la configuración de nuestro deseo **pulsional** de las representaciones sociales que se van elaborando en nuestro entorno. El ser humano elabora socialmente sus impulsos y cada grupo humano configura y estructura unos modos particulares de canalizar y expresar las pulsiones. También el deseo pulsional se ve condicionado por esas estructuras **socioculturales** de un modo

**MAIOR**

Son muchos los registros por los que el deseo encuentra cauce y expresión. Tantos como impulsos de encuentro y unión podamos encontrar en nuestra vida. Por su fuerza inquietante, errática tantas veces, tanteante y certera otras/ el deseo va configurando el perfil y dinámica de cada uno. Va abriendo puertas, cerrándolas también, coloreando ideas y visiones del mundo, proporcionando luz y generando cegueras según las experiencias que van teniendo lugar para cada uno.

Es amplio, según hemos visto, el panorama que el psicoanálisis mostró de esa realidad difícilmente **identificable** y muy profunda la modificación que tuvimos que hacer de nuestra común idea de "sexualidad". A medida que la investigación analítica fue progresando, la participación del deseo se evidenciaba en más aspectos del comportamiento humano. Al mismo tiempo, cada vez lo alejaba más del reducido campo de lo biológico. Nuestro cuerpo está ahí, sin duda, pero ese cuerpo parece jugar en este campo tan sólo como base (indispensable, desde luego) con la que desplegar un dinamismo que, esencialmente, está comprometido con la relación. Relación con el otro, relación con el mundo, relación con las propias fantasías y representaciones internas. Nuestro devenir afectivo es así, según hemos podido ver, más dependiente de la historia y la biografía que de unos meros mecanismos biológicos **instintuales**.

En esa historia, las primeras relaciones **parentales** y familiares desempeñan un papel primordial. Más adelante volveremos sobre ello. Pero, a través de ese primer entramado que es el núcleo familiar, nuestro dinamismo afectivo recoge también el impacto de las referencias sociales y culturales del entorno. No es ajena la configuración de nuestro deseo **pulsional** de las representaciones sociales que se van elaborando en nuestro entorno. El ser humano elabora socialmente sus impulsos y cada grupo humano configura y estructura unos modos particulares de canalizar y expresar las pulsiones. También el deseo pulsional se ve condicionado por esas estructuras **socioculturales** de un modo

## **i ¿ o 5 registros del deseo**

muy fundamental. Bien es sabido que eran otros los mitos, los ritos, los tabúes, las ideas y las búsquedas en torno al ámbito del deseo en la edad Media o el Renacimiento, en la época **victoriana** o en nuestros días.

Con frecuencia, son incluso factores originalmente ajenos al campo del deseo los que acaban imprimiendo en él modificaciones y mutaciones muy significativas. Y si el psicoanálisis ha jugado como un factor de cambio y transformación de primer orden en la idea y la vivencia de la sexualidad que nos hacemos en nuestra cultura<sup>1</sup>, también han jugado de modo relevante otra serie de factores. El resultado es que los hombres y mujeres de nuestros días piensan, sienten y viven la sexualidad de un modo muy diferente a como sus antecesores más cercanos lo pudieron hacer. Pocas dimensiones del comportamiento humano han cambiado de modo tan acelerado y tan profundo como lo ha hecho ésta de la sexualidad, entendida de ese modo más amplio que denominamos deseo **pulsional**. Merece la pena hacer un repaso sumario sobre esos otros factores que han tenido un calado tan hondo en nuestras vidas.

### **CAMBIO ACTUALES EN LA IDEA Y LA VIVENCIA DE LA SEXUALIDAD**

Junto al psicoanálisis, en efecto, otras disciplinas científicas han venido a jugar un papel importante en la transformación del concepto y experiencia de la sexualidad. La **psicofisiología**, por ejemplo, ha mostrado que la actividad sexual va dejando de estar unívocamente centrada en la reproducción dependiendo de los mecanismos **neuro-hormonales** y, por ello, dependiendo progresivamente del Sistema Nervioso Central y de las funciones que le son propias en el hombre: lenguaje, simbolización, etc. La reproducción seguirá siendo, sin duda, una función esencial de la sexualidad y también de la humana, pero ya, rebasado el límite de lo puro animal, no es más que una de sus funciones y no puede ya definirla en exclusiva<sup>2</sup>. La sexualidad, desde su íntima conexión con el Sistema Nervioso Central, se presenta así también como algo más que un placer recibido a cambio de las cargas inherentes a la procreación, para convertirse en una función vital de contenido mucho más amplio.

1. J. GONZÁLEZ, *El malestar en la moral. Freud y la crisis de la ética*, Grupo Ed. Planeta, México 1986;

**PH. RIEFF**, *Freud, la mente de un moralista*, Paidós, Buenos Aires 1966.

2. Cf J. MONEY, *Sex Research: New Developments*, Holt, New York 1965.; V. SIMÓN - A. KREUZ, *Hormonas y desarrollo psicosexual*, en C. BALLÜS, *Psicobiología*, Herder, Barcelona 1983,195-245; M. GODE-FROY, *Eludes de sexologie*, Bloud&Gay, Paris 1965; L. MARGULIS - D. SAGAN, *Origins ofsex*. Yak Uni-versity Press 1986.

**MAIOR**

## Transformaciones actuales<sup>^</sup>

Desde un área muy diferente, la de los estudios etnológicos y antropológicos se nos enseñó también que, a través de los siglos y de los continentes, las sociedades han concebido, practicado y organizado la sexualidad de maneras tan variadas y diferentes como en otros sectores de la actividad humana. También aquí se pudo observar que la reproducción, constituyendo siempre un factor esencial, tampoco fue el factor único o principal de las funciones sociales que las sociedades imponían en su organización de la vida sexual<sup>3</sup>.

Desde otros ámbitos diferentes, la crítica social de la familia, emprendida desde posiciones freudo-marxistas, dejó también una clara resonancia en las posiciones frente a la sexualidad de grandes sectores de la población. La obra de W. Reich<sup>4</sup>, por ejemplo, tuvo tardíamente un intenso eco en la llamada revolución sexual de los años sesenta junto a la del pensador de la Escuela de Frankfurt H. Marcuse. La obra de éste último *Eros y civilización*<sup>5</sup>, en la que preconiza la posibilidad de una sociedad no represiva, constituyó un manual de ideas revolucionarias latentes en las revueltas estudiantiles de esa década en Berkeley, París, Berlín, o Madrid. Si Prometeo nos concedió el progreso del que disfrutamos, ahora les correspondería el turno a Orfeo y Narciso para poner fin a todas las instituciones represivas y lograr una *racionalidad de la satisfacción*. Herbert Marcuse proclamaba así el advenimiento de una sociedad no represiva e invitaba a trabajar para acelerar su venida. Al margen de que estas ideas se hayan visto o no realizadas (no parece, en efecto/ que la irrupción de Narciso en nuestros días haya cumplido las expectativas que Marcuse puso en su advenimiento), lo que no cabe duda es de que estas ideas jugaron un papel transformador en la vivencia de la sexualidad de una generación. Su impacto se deja sentir hasta nuestros días.

Toda esta crítica social, en la que tampoco podríamos olvidar la desempeñada en España por Carlos Castilla del Pino", ha tenido una repercusión impor-

3. Cf C. LÉVY-STRAUSS, *Las estructuras elementales del parentesco*, Paidós, Buenos Aires 1969; G. BASTIDE, *La sexualidad entre los primitivos*, en: *Estudios sobre la sexualidad humana*, Morata, Madrid 1967; M. MEAD, *Sexo y temperamento*, Paidós, Buenos Aires 1972; B. MALINOWSKY, *La vida sexual de los salvajes*, Morata, Madrid 1975 (3ª); J.J. BACHOFEN, *Mitología arcaica y derecho materno*, Antrhopos, Barcelona 1988; J. A. NIETO, *Sexualidad y deseo. Crítica antropológica de la cultura*. Siglo XXI, Madrid 1993;

M. SEGALÉN, *Antropología histórica de la familia*, TAURUS, BARCELONA 1992.

4. Cf W. REICH, *La función del orgasmo*, Paidós, Buenos Aires 1972 (4ª), *Análisis del carácter*, Paidós, Buenos Aires 1976, *La revolución sexual*. Roca, México 1976; L. DE MARCHI, *Vilhelm Reich. Biografía de una idea*. Península, Barcelona 1974, J.M., PALMIER, *Introducción a W. Reich*, Anagrama, Barcelona 1970.

5. Seix Barral, Barcelona 1968.

6. Cf. por ejemplo, sus obras *Sexualidad y represión*, Ayuso, Madrid 1971, o *Psicoanálisis y Marxismo*, Alianza, Madrid 1969, que tanta repercusión tuvieron entre la población universitaria española de aquellos años.

## MAIOR

Los registros del deseo

tante en los movimientos sociales de nuestra cultura, movilizándolo intensamente lo que se

dio en llamar la "rebelión contra el padre". Las figuras paternas caen de sus pedestales (a pesar de los inevitables movimientos represivos e involutivos que poseen los ritmos históricos) y, con esa caída se derrumba también un factor de primer orden en el mantenimiento del control de la sexualidad. En este terreno la libertad y autonomía sustituyen progresivamente el papel que antes jugaba la autoridad y la obediencia<sup>7</sup>.

Siempre existieron unas íntimas relaciones entre sexualidad y poder. Una relación que tantas veces dio pie a que la fuerza sexual se representara como símbolo privilegiado de la autoridad y el dominio. El término "impotente" designa, como muy bien sabemos, al que no es capaz en ambos sentidos. Y es que -tal como ha señalado J. Pohier- la sexualidad se manifiesta, por delante mismo de otra dimensión humana, como el terreno privilegiado de la reivindicación de sí mismo contra otro que detenta los privilegios que se querrían tener y a cuyo acceso nos impide llegar<sup>8</sup>.

Así, pues, la pretensión de situarse en una incuestionable posición de autoridad, supondrá siempre, de modo muy primordial, situarse con capacidad de controlar y someter en el otro la propia autoafirmación en el placer. Todo tipo de tiranía social, política o religiosa ha intuido esta dinámica profunda derivada de nuestro acontecer psíquico. La represión sexual, por ello, se les ha hecho siempre inseparable. En ella han encontrado una pieza fundamental para el mantenimiento de su propia estructuración de poder.

En nuestros días no es ajeno a este hecho la emergencia de las manifestaciones más explícitamente sexuales y eróticas del deseo en regímenes políticos como el ruso después de la caída del sistema autoritario soviético, como no lo fue en la España de la democracia tras la caída de la dictadura franquista o los "brotes" que se dejan ver en la Cuba de hoy, paralelos a las grietas que se van abriendo en el sistema. Al mismo tiempo, la apertura política que se efectúa por única vía impuesta del sistema capitalista, deja ver también su efecto terrible en la "mercalización" del sexo a la que asistimos en todos los países de nuestra cultura globalizada, esencialmente, a partir del mercado.

En esta misma línea, no se podría olvidar tampoco el papel que ha jugado en la caída de los antiguos moldes sexuales la progresiva secularización de la sociedad occidental. Basta recordar las disposiciones legales de los actuales gobiernos occidentales, incluso cuando son de talante conservador y cercanos

7. Cf. AA.VV., *La figura del padre en las familias de las sociedades desarrolladas*. Gobierno de Canarias, Las Palmas 1995.

8. J. POHIER, *Au nom du Père*, Ed. du Seuil, Paris 1972,192.

a las instituciones religiosas de sus países, son abiertamente contrarias a las posiciones mantenidas por éstas en temas tan importantes como el divorcio, el aborto, la homosexualidad, las parejas de hecho, el uso de anticonceptivos, etc. Progresivamente las instituciones religiosas van perdiendo batallas en estos campos que conciernen de modo tan directo a la vida del deseo.

A un nivel más profundo hay que tener en consideración el hecho de que muchas valoraciones y actitudes anteriores frente a la sexualidad se mantenían gracias a unas representaciones religiosas vigentes socialmente e interiorizadas individualmente. Con el "Dios ha muerto" teórico y, sobre todo, con el ateísmo práctico y la indiferencia religiosa de las masas, cayeron muchos pilares que sostenían las pautas de comportamiento sexual. Las representaciones religiosas no juegan ya como elemento organizador de la moral sexual tal como ocurría hace tan sólo unas décadas. Muchos jóvenes de entonces, padres de los jóvenes de hoy, enjuician y valoran el comportamiento sexual de sus hijos de una manera sorprendentemente diversa a como ellos mismos las consideraron para sí<sup>9</sup>. Se han hecho, en este sentido, mucho más permisivos, desde el convencimiento de que lo que

ellos se vieron obligados a vivir no repercutió de modo positivo en sus vidas. No desean que sus hijos pasen por las mismas experiencias que hoy consideran a todas luces sin justificación ni sentido, cuando no, claramente de carácter negativas.

Incluso aquellos que mantienen hoy día sus mismas creencias y prácticas religiosas, se hacen una idea muy diferente en este campo particular de la sexualidad. Es un hecho constatado que cada día es mayor la distancia existente entre el juicio moral de los comportamientos sexuales que hacen los católicos practicantes y los planteamientos que permanecen vigentes en la jerarquía eclesiástica. Para percatarse de esta realidad basta asomar por algunos de los estudios sociológicos realizados y advertir la distancia que progresivamente separa el comportamiento de las nuevas generaciones respecto a las normas oficiales de la jerarquía eclesiástica<sup>10</sup>. Sus valores respecto a la masturbación, las relaciones prematrimoniales, el uso de anticonceptivos, la homosexualidad, etc. cada día son más ajenos a los planteamientos de la moral oficial de la iglesia.

Cada día, en efecto, es mayor el número de creyentes practicantes que, incluso desde posiciones conservadoras, prescinden en este campo de las **orientacio-**

9. Cf. I. ALBERDI, *La nueva familia española*, Taurus, Madrid 1999; AA.VV., *La familia: Concilium* 260 (1995); AA.VV, *Sociología de la familia: Revista Internacional de Sociología* 11 (1995); G. MEIL, *La postinodernización de la familia española*, Acento Editorial, Madrid 1999; J. MARTÍNEZ CORTÉS, *¿Qué hacemos con la familia?*, Fe y Secularidad/Sal Terrae, Santander-Madrid 1991.

10. Cf. por ejemplo J. ELZO - J. GONZÁLEZ ANLEO, *Los jóvenes y la religión*, en: *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid 1999, 263-355,

**MAIOR**

### *Transformaciones actuales<sup>^</sup>*

a las instituciones religiosas de sus países, son abiertamente contrarias a las posiciones mantenidas por éstas en temas tan importantes como el divorcio/ el aborto, la homosexualidad, las parejas de hecho, el uso de anticonceptivos, etc. Progresivamente las instituciones religiosas van perdiendo batallas en estos campos que conciernen de modo tan directo a la vida del deseo.

A un nivel más profundo hay que tener en consideración el hecho de que muchas valoraciones y actitudes anteriores frente a la sexualidad se mantenían gracias a unas representaciones religiosas vigentes socialmente e interiorizadas individualmente. Con el "Dios ha muerto" teórico y, sobre todo, con el ateísmo práctico y la indiferencia religiosa de las masas, cayeron muchos pilares que sostenían las pautas de comportamiento sexual. Las representaciones religiosas no juegan ya como elemento organizador de la moral sexual tal como ocurría hace tan sólo unas décadas. Muchos jóvenes de entonces, padres de los jóvenes de hoy, enjuician y valoran el comportamiento sexual de sus hijos de una manera sorprendentemente diversa a como ellos mismos las consideraron para sí". Se han hecho, en este sentido, mucho más permisivos, desde el convencimiento de que lo que ellos se vieron obligados a vivir no repercutió de modo positivo en sus vidas. No desean que sus hijos pasen por las mismas experiencias que hoy consideran a todas luces sin justificación ni sentido, cuando no, claramente de carácter negativas.

Incluso aquellos que mantienen hoy día sus mismas creencias y prácticas religiosas, se hacen una idea muy diferente en este campo particular de la sexualidad. Es un hecho constatado que cada día es mayor la distancia existente entre el juicio moral de los comportamientos sexuales que hacen los católicos practicantes y los planteamientos que permanecen vigentes en la jerarquía eclesiástica. Para percatarse de esta realidad basta asomar por algunos de los estudios sociológicos realizados y advertir la distancia que progresivamente separa el comportamiento de las nuevas generaciones respecto a las normas oficiales de la jerarquía eclesiástica<sup>10</sup>. Sus valores respecto a la masturbación, las relaciones prematrimoniales, el uso de anticonceptivos, la homosexualidad, etc. cada día son más ajenos a los planteamientos de la moral oficial de la iglesia.

Cada día, en efecto, es mayor el número de creyentes practicantes que, incluso desde posiciones conservadoras, prescinden en este campo de las **orientacio-**

9. Cf. I. ALBERDI, *La nueva familia española*, Taurus, Madrid 1999; AA.VV., *La familia: Concilium* 260 (1995); AA.VV, *Sociología de la familia: Revista Internacional de Sociología* 11 (1995); G. MEIL, *La postmodernización de la familia española*. Acento Editorial, Madrid 1999; J. MARTÍNEZ CORTÉS, *¿Qué hacemos con la familia?*, Fe y Secularidad/Sal Terrae, Santander-Madrid 1991.

10. Cf. por ejemplo J. ELZO - J. GONZÁLEZ ANLEO, *Los jóvenes y la religión*, en: *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid 1999, 263-355,

## > ¿o í registros del deseo

---

nes morales de la jerarquía. No es raro encontrar, en grupos de matrimonios pertenecientes a movimientos apostólicos tradicionales, personas que, manteniendo posturas conforme a la más estricta tradición católica en otros aspectos de su vida, confiesen abiertamente que, en el terreno de la sexualidad, se sienten absolutamente libres para ajustar su conducta conforme a su propia conciencia y que progresivamente han ido tomando distancia respecto al discurso moral de la jerarquía. Esta situación, sin duda, plantea serios problemas al moralista y también al teólogo. No es este el lugar para entrar en ese tipo de consideraciones". Tan sólo interesa aquí resaltar los cambios profundos que, con independencia del juicio moral que se establezca, juegan como elementos determinantes en la vida del deseo. Más adelante haremos unas reflexiones sobre lo que, desde el campo de la psicología, se puede pensar como más positivo o más negativo en estas transformaciones. Hablaremos de sus "luces" y sus "sombras".

## EL IMPACTO DE LAS TRANSFORMACIONES SOCIO-ECONÓMICAS

Muchos autores<sup>12</sup> han insistido en que los cambios han tenido lugar, no sólo a partir de un estudio o reflexión sobre la sexualidad misma, sino más bien, a partir del influjo de una serie de factores de transformación social que, en sí, eran y son ajenos a la problemática de la sexualidad y a sus posibles valoraciones éticas.

Entre estos factores, uno que ha jugado de modo decisivo, ha venido dado por el alargamiento de la vida que, gracias a los avances de la medicina, la biología, la química, y otras ciencias, nos ha beneficiado de modo tan sorprendente a partir del último siglo. Las consecuencias en el área de la vida afectiva y sexual han resultado ser de primer orden".

11. Sobre este tema hice una serie de reflexiones en *Sexualidad e institución. Reflexiona de cara a unha nova moral sexual: Encrucillada* 82 (1993) 115-134, condensadas posteriormente en *Selecciones de Teología* 33 (1994) 231-237.

12. Cf. I. ALONSO HINOJAL, *Sociología de la familia*, Guadiana, Madrid 1973; A. VIEILLE- MICHEL, *Familia, sociedad industrial y democracia*, en *La sexualidad*, Fontanella, Barcelona 1967, 121-141; A. ORE-SANZ, *Cambio social y conducta sexual en España*, en *Pastoral Misionera* XIV (1978) 493-501.

13. La mortalidad española, por ejemplo, había descendido del 29 por mil en 1900 al 8 por mil en 1975 y, desde entonces, el descenso continua de modo progresivo influido también por la casi erradicación de la mortalidad infantil. Tenemos igualmente que a principio de siglo la esperanza de vida de los españoles era de treinta y cinco años, mientras que en 1986 se situaba en torno a los 75 (73,3 para los varones y 79,7 para las mujeres). Las cifras no dejan de modificarse, pero siempre en la misma dirección. Cf. J. PANIAGUA GIL, *E/ envejecimiento de la población y sus consecuencias sociales e individuales*: *Revista de Fomento Social* 48 (1993) 423-432; A. WARKER, *La Europa de los mayores*: *Documentación Social* 112 (1998) 21-31.

Entre otras cosas, esta prolongación del ciclo vital ha venido a suponer una transformación cualitativa del modo de vivirse la sexualidad femenina, con una indudable repercusión en la vida de la pareja, de la familia y de las relaciones amorosas en su conjunto. Hasta no hace mucho tiempo, en efecto, toda la vida sexual de la mujer se veía casi exclusivamente vinculada a las funciones de procreación y crianza de los hijos. Fácilmente la mujer moría poco antes o después de la menopausia y su vida matrimonial se veía prácticamente reducida a una sucesión de embarazos (la media era de cinco o seis hijos, debido, en buena parte, a la altísima mortalidad infantil, a la dificultad para controlar la natalidad así como a la necesidad económica de contar con una "mano de obra" en la familia). Actualmente, sin embargo, pueden bastar cuatro años como período entre el matrimonio y el último hijo. Tras lo cual, vendrá normalmente un largo período (la posibilidad de celebrar las "bodas de oro" son cada vez más numerosas) en el que la pareja afrontará su vida en común en unas claves de intercambio y comunicación afectiva y sexual, que no estarán ya para nada concernidas con las funciones **procreativas**.

En resumen, que si durante siglos la vida sexual de una mujer duraba una media de menos de veinte años, de los cuales la práctica totalidad estaba ocupada por una sucesión de embarazos, en la actualidad, la vida sexual de una mujer puede durar muy bien cincuenta años, de los cuales sólo seis o siete estarán ocupados por dos o tres embarazos. Ello tiene una repercusión inmediata en la experiencia del deseo **pulsional**. La vida afectiva y sexual de la pareja se convierte en un proyecto de características completamente diversas. La vida del deseo deja de referirse exclusivamente a la procreación y se abre a un área de mucha mayor extensión, calado y significación interpersonal. Los efectos sobre los modos de representarse la vida de pareja son enormes. Sin que ninguna teoría, ninguna opción ética y ninguna reflexión haya intervenido, la procreación ha pasado a un segundo lugar, mientras que las dimensiones afectivas y de relación interpersonal han pasado a ocupar el lugar preponderante, con todo lo que eso puede significar también tanto de riesgo o de temor como de expectativa ilusionada.

El dominio de la **contracepción** y los métodos de fecundación artificial constituyen otro rasgo distintivo de la sociedad industrial que dejan sentir también su impacto sobre la nueva concepción de la sexualidad, poniendo de manifiesto la cada vez mayor posibilidad de separar reproducción y sexo. Son unas posibilidades que, con independencia del juicio moral que se pueda realizar al respecto, no existían hace un siglo y que cambian de modo sustancial el modo en el que se afrontan las experiencias sexuales. Incluso en el caso de

## <sup>1</sup> Los registros del deseo

que una pareja asuma y haga propias las orientaciones del magisterio eclesiástico, su modo de concebir la relación será también diferente. Sabe que podría ser de otro modo, que en sus manos existen una amplia gama de medios para regular los efectos de la sexualidad y que es, por una libre opción y no por una fatalidad por lo que la finalidad **procreativa** queda abierta en su vida de **pareja**.

Otro de los factores más importantes de transformación social que ha tenido lugar en el mundo occidental a lo largo del siglo pasado ha sido el del paso de una sociedad esencialmente agrícola a una de tipo industrial, junto con el fenómeno, en gran medida paralelo, de la urbanización. También esta transformación **sociocultural** ha jugado de modo substancial en la vida de la familia y en los ritmos de la vida afectiva y sexual<sup>4</sup>. Los modelos de familia han sido seriamente modificados con ello.

En la sociedad industrial y urbana los miembros de la pequeña unidad familiar se convierten casi en el único polo de relación afectiva, a diferencia de lo que tenía lugar en la amplia y compleja estructura familiar y social de la vida campesina. El matrimonio por amor, por otra parte, que tan natural y evidente nos parece, no es, como bien han puesto de manifiesto los historiadores de la familia, sino "una invención del siglo XIX". Eran razones esencialmente económicas y sociales las que hasta ese momento jugaban como fundamento esencial en la constitución del matrimonio y la familia<sup>5</sup>. Para reconocerlo, bastaría repasar las comedias de capa y espada del siglo de oro español y constatar hasta qué punto el amor no corría precisamente por los cauces del matrimonio, sino más bien por esos otros afluentes diversos que eran los de los amoríos y adulterios.

En la situación de nuestros días, pues, la vida de la pareja, basada en una aspiración de comunicación e intercambio amoroso, está ya también por esta razón, lejana de ser pensada y sentida esencialmente como el lugar de la procreación. En la intensa, larga y compleja vida de la pareja de nuestra sociedad actual, la procreación se presenta tan sólo como un capítulo, importante sin duda, pero secundario con relación a lo que la sexualidad, en su sentido más amplio, puede y debe proporcionar al proyecto de vida en común.

14. En 1910 tan sólo el 23% de la población española vivía en municipios de más de 20.000 habitantes. En 1991 ese porcentaje se ha elevado hasta el 65%. En 1960 sólo el 28% vivía en núcleos de más de 100.000 habitantes, en 1991 era el 43%. Hoy en día apenas es rural el 10% de los españoles. Cf. I. ALONSO HINOJAL, *Ibid.*, 112-118.

15. I. ALONSO HINOJAL, *Ibid.*, J.L., FLANDRIN, *Orígenes de la familia moderna*, Grijalbo, Barcelona 1979.

## MAIOR

*Transformaciones actuales,*

## LUCES Y SOMBRAS DE LA NUEVA SITUACIÓN

Así, pues, en la complejidad de los cambios que tienen lugar en el concepto de sexualidad hemos advertido que tanto las investigaciones **psicoanalíticas** como las de otras ciencias humanas coinciden en señalar un punto común: sexualidad y procreación en la especie humana aparecen como dos realidades que, si en el ámbito biológico, se

encuentran asociadas indisolublemente, dejan de estarlo cuando, desde ese nivel, accede a otros diferentes que habría que considerar como más específicamente humanos.

Por otra parte, las transformaciones **socioculturales** y económicas parecen traer consigo que esa independencia entre sexualidad y procreación que se ha ido abriendo paso a través de la evolución **filogenética**, se vaya haciendo cada vez más una realidad sentida y experimentada. A partir de los avances en las técnicas de **contracepción** o de fecundación artificial y a partir de unas nuevas sensibilidades en la concepción y experiencia de la familia y de la pareja, cada día es mayor el número de personas que experimentan la sexualidad como un dinamismo que, más allá de su nivel biológico y **procreativo**, se abre a unas dimensiones esenciales de gozo y de encuentro. Lo que la naturaleza ha permitido, la cultura lo ha consolidado.

El resultado final es que la vivencia y la valoración que se hace de conductas como los de la masturbación, las relaciones prematrimoniales, la homosexualidad, el uso de anticonceptivos, etc. se emprende hoy, de hecho, desde una nueva mentalidad y sensibilidad. Muchos de estos comportamientos sexuales son vividos con la conciencia de absoluta normalidad y desde el convencimiento de que la sexualidad constituye una dimensión de la vida que no tiene por qué ser puesta en cuestión por ser fuente de placer, sino tan solo por lo que pueda significar de daño personal o interpersonal. Estos nuevos modos de pensar y vivir la sexualidad y el placer han tenido también una repercusión importante en el **afrentamiento** de la educación infantil y **adolescencial**. Vivimos ya lejos de la actitud de **ocultamiento** y denigración de la sexualidad que tanto perjuicio causaron en muchos sujetos a lo largo de una educación familiar y escolar llenas de amenazas y de tabúes.

No cabe duda de que la represión ejercida en otras épocas en el ámbito de la sexualidad ocasionó serios problemas psíquicos. Son muchos los sujetos que recuerdan todavía con dolor las experiencias de culpabilidad enfermiza que vivieron en sus años jóvenes, los terrores a los que fueron sometidos con amenazas de todo tipo (terrenas y **ultraterrenas**), los efectos catastróficos que tuvieron lugar en otros ámbitos de sus vidas y las heridas que dejaron, en muchos casos, para siempre en sus vivencias afectivas. La sexualidad fue para muchos

no una dimensión básica de su deseo **pulsional** para el desarrollo y el encuentro con la vida, sino una fuente de conflicto neurótico y de sometimiento a intereses oscuros del poder. No parece que sea necesario insistir en las aportaciones saludables que han tenido lugar a partir de las importantes modificaciones de la idea y la vivencia de la sexualidad a lo largo del siglo pasado.

Pero, evidentemente, no todo lo que se deriva de los nuevos modos de pensarse y vivirse la sexualidad ha de ser considerado y felicitado como el advenimiento de una nueva época en la que la sexualidad, por fin, pareciera ocupar el lugar que le corresponde<sup>6</sup>. Al menos desde una óptica seriamente **psicoana-lítica** no se puede caer en la ingenuidad de pensar que todo ha tenido ya remedio y que la sexualidad, por fin, se ve exenta de mecanismos **neurotizantes** para alcanzar un estado de plenitud y libre desarrollo.

Según ya vimos en el capítulo anterior, el psicoanálisis nos ha hecho comprender la dimensión esencialmente **conflictiva** que el deseo pulsional posee en la especie humana. No se escapa de ello por una simple modificación o "apertura de miras" sociales respecto a determinados modos de comportamiento sexual. Esos mismos comportamientos pueden responder a dinámicas muy diversas y no siempre exentos de **conflictividad** e incluso de patología. Las mismas pautas "modernas" y "**aperturistas**" de educación sexual pueden verse también impregnadas de tendencias muy oscuras, pero camufladas ahora con un ropaje legitimado de espíritu "científico". Por referirse a una situación concreta, entre las múltiples que se podrían proponer, el mostrarse desnudo ante los propios hijos puede ser

signo de una sana vivencia del cuerpo o puede esconder tendencias exhibicionistas que den lugar a una **erotización** precoz de los educandos. Como cabe también mantener una posición de permisividad respecto a una serie de comportamientos sexuales y, al mismo tiempo, sentirse terrible e irracionalmente culpable por la práctica de algunos de ellos, sin que sea necesario, por lo demás, que esa culpa se manifieste claramente a la conciencia<sup>7</sup>. No siempre las propuestas y planteamientos conscientes son seguidos sin dificultad por las complejas y oscuras dinámicas del inconsciente.

16. Cf a este respecto el capítulo introductorio de E. LÓPEZ **AZPITARTE**, *Ética de la sexualidad y del matrimonio*. Paulinas, Madrid 1992, 5-41; J. GAFO, *La "espiral del sexo": valores y señales de alarma*: Sal **Terrae** 70 (1982) 495-509.

17. Resulta ilustrativo, en este sentido, repasar las categorías médicas que se asignaron a la conducta de la masturbación a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Médicos y pensadores ilustrados (algunos de ellos declaradamente antirreligiosos y anticlericales) consideraron que este comportamiento era origen de toda una serie de males físicos y psíquicos (como la locura o el suicidio) que hoy harían sonreír a cualquier especialista. Sin duda, la culpa inconsciente se **categorizó** como enfermedad, cuando encontraba dificultad para hacerlo como pecado. Cf. F. **ÁLVAREZ-URIA**, *El sexo de los niños*: Serie **Psicoanalítica** 4 (1983) 55- 93.

El deseo **pulsional** se acomoda a los cauces que los dinamismos sociales le procuran. Cada época y cada cultura le proporciona unos carriles, obstaculiza otros, propulsa unos intereses, ofrece unos objetos de seducción, fascina con propuestas de orden diferente. El deseo, en su empuje y permanente búsqueda de gratificación, acude a los lugares que en los que cada sociedad hace aparecer la tentadora manzana del paraíso. Nuestra sociedad **globalizada** y mercantil ha diseñado una con auténtica maestría. Es la que nos ofrece en el consumo. El deseo errático fácilmente sucumbe a la seducción con la que se nos presenta.

### CONSUMIR Y POSEER: UN RAMAJE PERVERSO DEL DESEO

El deseo tiende hoy a perderse en un laberinto de extravío. Desplazado hacia un mundo fetichista de objetos, se dispersa en un ansia de posesión y consumo, de acaparamiento y acumulación en el que pretende satisfacer lo que el mundo de relaciones interpersonales le niega. Se abre así una corriente de voracidad regresiva, en la que el mundo y los otros son concebidos como una especie de pecho nutricio, obligado a proporcionar alimento y satisfacción permanente.

El deseo enloquece así en una dinámica de insatisfacción permanente. Desde la negativa a reconocer el límite, siempre hay un algo más que la sociedad parece querer mostrarnos para que nuestra necesidad se multiplique al ritmo de sus intereses de producción y consumo. Nunca el automóvil que tenemos será el mejor, nunca nuestro ordenador tendrá las prestaciones que nos harían más eficientes, nunca la casa que habitamos tendrá las comodidades que nos proporcionen una suficiente calidad de vida, nunca la ropa que vestimos estará a la altura del status social que pretendemos mostrar de un modo un tanto exhibicionista ante los otros.

Como de modo tan lúcido nos ha mostrado **Pascal Bruckner**<sup>ró</sup>, el supermercado se ha venido a convertir en nuestra representación del "jardín de las delicias". Ni el **Bosco** lo hubiera imaginado con tal profusión de elementos y fantasía. Torrentes de luz, kilómetros de anaqueles, colorido infinito: es la victoria de la ciudad capitalista sobre la escasez. No se puede abarcar el conjunto de manjares y bienes. Ser consumidor significa saber que en

los escaparates siempre hay más de lo que uno se puede llevar. Un pecho nutricio inmenso, desbordante, inabarcable. Podemos encontrar allí una botella de whisky al coste

18. *La tentación de la inocencia*. Anagrama, Barcelona 1999 (3').

*MAIOR*

## 1 *Los registros del deseo*

de más de seiscientas mil pesetas. Es probable que nadie la compre. Pero quizás eso no sea lo más importante. Lo que importa es mostrar que allí existe todo y más de lo que podemos desear. Por eso/ a veces se va al centro comercial no para comprar, sino para constatar que todo está al alcance de la mano o que siempre habrá incluso más de lo que hoy podemos conseguir. De ese modo, lo posible se vuelve deseable y lo deseable acaba convirtiéndose en necesario. El deseo se pervierte así en un maléfico desplazamiento hacia la **posesividad** material, desencadenando una dinámica auténticamente perversa. *El imperio del consumismo y de la diversión ha inscrito el derecho de la regresión en el registro general de los derechos humanos*<sup>19</sup>.

En esta situación global, el dinero se vuelve el gran fetiche del deseo. Nunca la relación con él es puramente económica, racional e instrumental. En la relación con el dinero -nos ha hecho ver el psicoanálisis- se encuentra también implicada una "cuestión de amor". Allí encontramos también una importante ramificación del árbol del deseo. Allí localizamos uno de sus registros más considerables en nuestro mundo actual. Ello viene a dar cuenta, entre otras cosas de que, tal como sucede en los temas concernientes a la sexualidad, el dinero provoque también tantas reacciones de doblez, de falso pudor y de hipocresía. Hablar de dinero -lo sabemos- puede resultar, a veces, tan engorroso como hablar de asuntos sexuales<sup>20</sup>.

En el amor perverso al dinero no se trata ya de "tener algo", sino de "tenerse a sí mismo" en una dinámica de orientación marcadamente centrípeta. Se trata de encerrarse sobre sí en una totalidad que quiere negar su referencia al exterior. Con ello el sujeto pretende cubrir una carencia interna y conquistar una seguridad, pero en realidad, se está situando en la posición más insegura que cabe imaginar, pues como expresa E. Fromm en sus análisis sobre el tener, "si soy lo que tengo y lo que tengo se pierde, entonces ¿quién soy?"<sup>21</sup>.

Nuestro deseo no es ajeno, por supuesto, a las dinámicas **socioculturales** en la que éste necesariamente se desarrolla, crece y tiene que encontrar sus objetos de satisfacción. De ahí, que la dinámica económica de nuestros días tenga que ser tenida muy en cuenta a la hora de comprender las vías por las que circulan muchos ramales del árbol de nuestro deseo. De hecho, ella juega como propulsora de las vertientes más regresivas de dichos comportamientos en relación al dinero. Por ello, se podría afirmar con **Otto Fenichel**, que es más bien la función real del dinero lo que viene a influir y a condicionar el erotismo perverso en la

19. **Ibid.**, 82.

20. Cf a este respecto S. **FREUD**, *La iniciación del tratamiento*, 1913, **O.C.**, II, 1666.

21. E. **FROMM**, *Ser o tener*, México 1978, 110.

## *Transformaciones actuales*<sup>^</sup>

relación con él; pues las condiciones sociales vienen a ser las que determinan en gran medida el alcance e incluso la intensidad de las tendencias **pulsionales** de retención. Las pulsiones infantiles se transforman en un deseo de alcanzar riqueza solamente bajo la existencia de condiciones sociales específicas<sup>22</sup>.

A todo este propósito merece la pena recordar también los análisis realizados por E. **Fromm**/ poniendo de relieve la profunda alienación humana que se produce desde los modos occidentales de consumo. Consumir ha dejado de ser una experiencia significativa, humana para convertirse en un modo de satisfacer fantasías artificialmente estimuladas, fantasías que en realidad son ajenas a nuestro ser real y concreto. Comemos y bebemos las fantasías que nos suministra la propaganda. Consumir se ha hecho de este modo un fin en sí mismo;

un fin, por lo demás, de carácter claramente compulsivo e irracional y con el que el "ser" queda sustituido por el "tener", hasta el punto de que en la sociedad actual se puede llegar a la identificación perversa según la cual el sujeto podría afirmar con verdad: yo soy lo que consumo<sup>23</sup>. Y desde ser esencialmente un consumidor, la relación interpersonal queda marcada también por ese dinamismo perverso. Las tendencias histéricas y perversas se imponen en el ámbito interpersonal.

## LA HISTERIA CAMUFLADA Y LA PERVERSIÓN MANIFIESTA

La histeria es el conflicto psíquico que habla por excelencia las voces erráticas del deseo. En ella, como en ningún otro tipo de conflicto, el deseo **pulsio-nal** se ve tan clara y directamente comprometido. De alguna manera, la histeria es el problema del deseo. Por eso, quizás la psiquiatría y la psicología clínica encontraron y siguen encontrando tanta dificultad para delimitarla, reconocerla en sus perfiles nítidos, identificarla en sus múltiples formas y apariciones. Es como si se encontrara diluida por todas partes y, por eso, no se pudiera delimitar claramente en ninguna. Es cambiante, plástica, **modificable** hasta el infinito. Como el agua que se adapta la forma del recipiente o a cualquier obstáculo que se le interponga para seguir fluyendo con su ritmo y su fuerza propia.

22. Cf O. **FENICHEL**, Teoría **psicoanalítica** de la neurosis, **Paidós**, Buenos Aires 1973, 545. En línea parecida se inscriben las ideas de E. Fromm sobre el "carácter social" a las que, en este terreno que analizamos, habría que conceder un valor que difícilmente puede mantener en otras áreas de su interpretación. Cf. A. **CAPARROS**, E; *carácter social según E. Fromm*, Salamanca 1975.

23. Cf. E. **FROMM**, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, 113-118 y *Ser o tener*, 43 y 105-ss. Se puede consultar también: **P.M. LAMET**, *La fiebre del oro y el hombre "Light"*: Sal **Terrae** 78 (1990) 425-433.

**MAIOR**

## **i Los registros del deseo**

No hay otra perturbación que se adapte de tal modo a los cambios sociológicos y culturales de cada época<sup>24</sup>.

No encontramos ya tan fácilmente las grandes y llamativas histerias de los tiempos de Freud. Particularmente, han desaparecido casi totalmente de la escena aquellas aparatosas histerias de conversión, en las que el cuerpo gritaba el conflicto psíquico elaborando una ceguera, una parálisis, una afasia, etc. La histeria hoy se hace más sutil, más modosa, menos estridente en sus manifestaciones. Y sin embargo, la histeria, como la mejor expresión dramática del deseo pulsional sigue estando ahí y sigue marcando de modo importante los modos de relación y conducta de nuestra sociedad.

Ha preferido, incluso, cambiar de nombre. Ya no aparece como tal en los grandes manuales y vademécum de la psiquiatría y la psicopatología<sup>25</sup>. No parece "políticamente correcto" el nombre de histeria, tan asociado a las reprimidas damiselas de la época victoriana, sobre todo si hay que diagnosticar a un "marine" de los Estados Unidos de América. Preferimos entonces hablar de "estrés posttraumático", aunque el problema de fondo se halle indisolublemente vinculado con una problemática histérica.

Pero la histeria sigue, como enfermedad del deseo, estando ahí. Es más, son muchos los elementos sociales que hoy parecen propulsar la dinámica histérica en los modos de relación y comportamiento. Si ya no encontramos tan fácilmente las manifestaciones de las histerias de conversión en cegueras o parálisis o en los grandes ataques histéricos (aquellos que tan magistralmente nos retrataba Buñuel en filmes como *Nazarín*), hoy la histeria se camufla en otros modos de "espectáculos" en los que la intención del deseo permanece intacta:

la seducción, el exhibicionismo, la necesidad de la mirada del otro, de reducirlo a ser tan sólo un ojo que confiere la existencia. Cultura de la seducción aparatosas en la publicidad, del espectáculo público, de la exhibición perversa. Nunca se había llegado a tanto en la manifestación pública de los rincones más recónditos de la intimidad. Se pregonan en los programas televisivos o en las revistas del corazón. Somos convertidos así en personajes que entran a formar parte de ese montaje escénico que la histeria monta para su realización.

No sin falta de razón se ha dicho que en nuestros días se ha pasado de la sexualidad del elefante a la sexualidad de los mandriles<sup>26</sup>. Es decir, de una

24. Cf. J. CODERCH, *Perspectiva psicoanalítica de la histeria*: conferencia pronunciada en las VIII Jornadas de Psicoanálisis y Psicoterapia psicoanalítica, Sevilla, 26 de mayo de 2001.

25. Resulta sintomático en este sentido que como neurosis ha desaparecido del DSM-IV, (Mas-son, Barcelona, 1995) el inventario de enfermedades mentales de más reconocimiento mundial, realizado por la Asociación Psiquiátrica Americana.

26. Cf. F. ÁLVAREZ-URIA, *Ibid.*, 91-92.

## Transformaciones actuales<sup>^</sup>

sexualidad que/ según San Francisco de Sales, debía considerar como modelo el comportamiento pudoroso de estas bestias *partícula res*<sup>27/</sup> para pasar a una moral en la que la propuesta parece coincidir con la del comportamiento sexual de los mandriles, que hacen alarde de su desnudez y que de modo insolente se manifiestan, tocan y satisfacen a la vista de todos.

El tema de la manipulación social de la sexualidad ha sido ya analizado por muchos autores<sup>28</sup>. Baste indicar ahora tan solo que este modelo sexual de los mandriles que socialmente se propone en un sexo por todas partes a la venta, responde a una particular dinámica histórica que, paradójicamente, pretende escapar de ese modo (en una especie de huida hacia adelante) a la angustia y a las amenazas que la misma sexualidad moviliza. Sexo repartido y descomprometido para eludir las implicaciones profundas que la sexualidad comporta.

De ese modo, la manipulación superficial y descomprometida del otro que se encuentra en la dinámica más íntima de la historia, se convierte en modo social de encuentro. El otro no pasa, en muchas situaciones cada vez más "admitidas" socialmente, en ser un objeto *manipulable*, como un producto más el mercado. Desde la mentalidad de consumo a la que antes nos referíamos, el entramado de relaciones interpersonales se ve directamente afectado. Una mentalidad utilitarista y descomprometida se impone, evitando cualquier tipo de compromiso en las vinculaciones personales. Los efectos de esta mentalidad en la vida de la pareja y su repercusión en la institución familiar, núcleo esencial donde se configura la vida del deseo, llegan a ser realmente preocupantes.

La mentalidad consumista de "usar y tirar" impregna así los modos de relación, que se van haciendo progresivamente más fáciles, más numerosos y cada vez también más superficiales. La actual fiebre por el "Chat" en Internet, generadora ya de una adicción definida por la psicología clínica, ilustra mejor que nada este estado de cosas<sup>29</sup>. Nunca se dio tanta posibilidad abierta para elegir con quien comunicarse y nunca más facilidad para hacerlo de modo más descomprometido. Es el resultado de una cultura "zapping" en la que todo se consume y muy poco se *metaboliza* convenientemente.

27. Según el santo, el elefante "*jamás cambia de hembra; ama tiernamente a la que escoge; pero no está con ella más que de tres en tres años, por espacio de cinco días, y con tanto secreto, que jamás se deja ver en este acto; pero el sexto día se le ve ir, ante todas las cosas, a buscar algún río, en el cual se lava enteramente todo el cuerpo, sin querer volver al rebaño hasta haberse purificado*" Cf FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, Librería Católica de Pons y C<sup>a</sup>, Barcelona 1878, III, 356-357.

28. Cf. por ejemplo, el ya citado H. MARCUSE en su obra *Eros y civilización*. La búsqueda actual de una situación regresiva de fusión que pretende excluir cualquier tipo de normativa es analizada por J.C. SAGNE, *La mutation des modes de l'échange sexuel dans une société en clwngement: Le Supple-ment* 111 (1974) 480-489.

29. Cf. a este propósito R. GUBERN, *El Eros electrónico*, Taurus, Barcelona 2000.

MAIOR

¿oí registros del deseo

- -. Se tiende a un desapego emocional en las relaciones con objeto de evitar todo riesgo de inestabilidad, decepción o pasión descontrolada que provoque algún tipo de sufrimiento. Sin compromiso profundo se esquivo la posibilidad de sentirse vulnerable. Como se intenta también "enfriar el sexo" (*cool sex*) para evitar/ de ese modo, el posible tormento de los celos o del ansioso afán de **pose-sividad**. La perversión se hace manifiesta cuando el sexo pasa a ser pura y exclusivamente mercancía, materia desgajada del componente subjetivo y personal. En ese caso la **alteridad** es completamente anulada para convertir el cuerpo en puro objeto de placer, donde no rija ley, norma ni límite alguno<sup>30</sup>. El aumento de la pornografía infantil, de la trata de blancas, del turismo sexual, etc., pone de manifiesto que cada vez más el sexo se convierte en artículo disponible para todos, al margen de cualquier norma o consideración ética, en las infinitas redes y posibilidades (Internet como prototipo) de las que hoy dispone el mercado.

Es lo que **T. Anatrella** ha querido poner de manifiesto en una obra (*El sexo olvidado*<sup>^</sup>) que también ha creado la polémica y la confusión. Su autor argumenta contra una sexualidad que se ve presionada por el medio **sociocultural** a desentenderse de sus dimensiones afectivas profundas. En esta sociedad, supuestamente "liberada", lo perverso y lo sádico se imponen conduciendo a una paradójica negación y olvido del sexo que angustia y **conflictualiza**. Se han valorizado las conductas impulsivas que estancan al sujeto en lo **narcisista** y en la búsqueda **edípica** del objeto incestuoso perdido. De ese modo se obstruye la apertura al otro en su libertad y su diferencia.

En definitiva, se levantan barreras contra las emociones y las intensidades afectivas que son flores o frutos de la fuerza del deseo. De ese modo se acrecienta la dificultad para sentir la empatía en la relación con el otro, para llegar a reconocer lo que los otros sienten, para captar sus características propias y sentirse **conmocionado** con lo que en ese otro puede tener lugar. Todo ello, además, como en la histeria, con una gran dificultad para experimentar sentimientos de culpa, porque la misma fragilidad del Yo se resiste a ello.

Y si en la histeria encontramos una dificultad de fondo para asumir la diferencia de sexos<sup>32</sup>, también en nuestra cultura se percibe con claridad la añoranza por lo bisexual, por lo **indiferenciado**, por la eliminación de las formas y **per-**

30. Cf. AA.VV., *Le désir et la perversion*, Ed. du Seuil, Paris 1967.

31. Sal **Terrae** 1994. La obra, que a unos les resulta discutible en sus argumentos y a otros, sospechosa en sus intenciones, viene a ilustrar, sin embargo, esa imposible neutralidad frente al sexo que afecta tanto al que escribe como al que lee.

32. Cf. **S. FREUD**, *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, 1908, **0.C.**, II, 1349- 1353.

**MAIOR**

## Transformaciones actuales<sup>^</sup>

files que marquen la diferencia. Allí, donde todavía no hay diferenciación sexual, se fantasea el estado de fusión primitiva a la que la histeria aspira.

El **victimismo** que desarrolla el histérico se convierte también en dimensión social cada vez más amplia. Nos estamos convirtiendo en niños -insiste **Fascal Bruckner**- pero además en niños **lloricones**. Niños que, por sentirse con derecho a todo y obligados a nada y con una negativa para asumir frustraciones, se sienten víctima de inmediato cuando algo se les niega. Existe hoy una sorprendente tendencia a sentirse identificados con las víctimas del holocausto. ¿Por qué todo el mundo quiere ser "judío" hoy en día, y los antisemitas más que nadie? Se pregunta **Pascal Bruckner**<sup>33</sup>. A la más mínima, el sujeto occidental se siente injustamente maltratado y conculcado en sus derechos fundamentales. De ahí que, como dice el mismo Bruckner, parece que la actividad más extendida en nuestros días es la de lamentarse sobre sí mismo, actividad típicamente histérica como expresión de un deseo permanentemente insatisfecho. Queja permanente, pues, reclamo perpetuo, insatisfacción sostenida y alimentada como elementos que configuran esa dinámica histérica que nuestra sociedad parece estimular y favorecer. '''

\* \* \*

Así pues, tanto desde las propias vicisitudes familiares y biográficas de cada uno como desde la influencia de los dinamismos sociales, la vida del deseo **pul-sional** se configura en cada cual generando posibilidades de plenitud y satisfacción personal o encerrando en callejones sin salida o en desgarros interiores que pueden llegar a ser dramáticos e infernales<sup>34</sup>. La experiencia de la locura está ahí como expresión paradigmática del deseo que no encontró posibilidad de articularse con la realidad para convivir y canalizarse a través de ella. Su extravío se hizo máximo, se erigió en "estado independiente" y **englutió** al sujeto en su torbellino devastador. El loco es un cuerpo en el viento del deseo.

En el caso de la perversión, el deseo no acabó con el sujeto, pero le obligó a someterse a su dictado arrogándose el poder de un tirano insobornable. El sádico, el **masoquista**, el mirón o el exhibicionista viven así haciendo camino por unos desvíos que se impusieron en determinadas etapas de su andadura personal. Ni de locos ni de perversos trataremos en este trabajo. Pero si prestaremos ahora nuestra atención a los momentos claves del desarrollo afectivo y a los elementos que configuran el deseo que, llegado a la madurez, posibilita el encuentro creativo con la vida.

33. *Ibid.*, 127.

34. Cf. los trabajos citados anteriormente: **AA.VV.**, *El desorden de los deseos: Communio* 22 (2000).

## **Los registros del deseo** BIBLIOGRAFÍA

**AA.W.** La figura del padre en las familias de las sociedades desarrolladas, *Gobiernos de Canarias/ Las Palmas* 1995. **ALBERDI, I.**, *La nueva familia española*, **Taurus**, Madrid 1999. **ÁLVAREZ-URIA, R.**, *El sexo de los niños: Serie Psicoanalítica* 4 (1983) 55- 93. **ANATRELLA, A.**, *El sexo olvidado*, **Sal Terrae** 1994. **BRUCKNER, P.**, *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona 1999 (3ª). **CASTILLA DEL PINO, C.**, *Sexualidad y represión*, **Ayuso**, Madrid 1971. **DE MARCHI, L.** *Wilhelm Reich. Biografía de una idea*, Península, Barcelona 1974. **DOMÍNGUEZ MORANO, C.**, *Sexualidad e institución. Reflexiones de cara a*

*imha nova*

*moral sexual*: Encrucillada 82 (1993) 115-134 y Selecciones de Teología 33 (1994) 231-237.

FROMM, E./ *Ser o tener*, México 1978,110. GAFO, J., *La "espiral del sexo": valores y señales de alarma*: Sal Terrae 70 (1982) 495-

509.

GUBERN, R., *El Eros electrónico*, Taurus, Barcelona 2000. MARCUSE, H., *Eros y civilización*, Seix Barral, Barcelona 1968. MEIL, G., *La postmodernización de la familia española*, Acento Editorial, Madrid

1999. PANIAGUA GIL, J., *El envejecimiento de la población y sus consecuencias sociales e*

*individuales*: Revista de Fomento Social 48 (1993) 423-432. REICH, W., *La revolución sexual*, Roca, México 1976. SAGNE, J.C., *La mutation des modes de l'échange sexuel dans une société en change-*

*ment*, Le Supplement 111 (1974) 480-489. SEGALÉN, M., *Antropología histórica de la familia*, TAURUS, BARCELONA 1992.